

EN POS DE LA UTOPIA

Desde su primera exposición individual en el Club Crao de la Murcia que le viera nacer hacía sólo dieciocho años, hasta 1987, han pasado cuatro lustros de intensa vida artística para Carmelo Trenado, que sin cesar ha alimentado su pasión por la pintura mientras luchaba por el mantenimiento de múltiples ideas, tanto en el campo de la docencia, como en el de la creatividad pura. Han ocurrido muchas cosas en estos veinte años, como también mucho ha llovido sobre el arte de Carmelo Trenado. Pero a la hora del reencuentro, podemos ya constatar algunos frutos de excepción que, sin duda, vale la pena mostrar como fermento de progreso en esta sociedad tocada de desencanto.

Y no me refiero a los premios y galardones conseguidos en esta carrera de largo fondo, sino al hecho de que, a pesar de todo y de todos, Carmelo sigue luchando, Carmelo sigue creyendo en el futuro del arte, que es creer en el futuro del hombre, a pesar de tantas desesperanzas. No hace falta hablar con él para ver su genio vivo bajo atrevidas pinceladas. No hace falta prescindir de la pintura para desembocar en el hombre, porque, para Carmelo, pintura y vida son la misma cosa. En cada cuadro se esconde una hipótesis, se cuenta una ilusión, se chafa una manía, y se conquista un deseo. Pintar sin caer en la rutina, es todavía posible. Su ideal es la utopía, y el camino que a ella conduce es justamente el que Carmelo Trenado sigue hace más de veinte años. ¿Sería demasiado presuntuoso ayudar al espectador a recorrer ese camino para que viese, no sólo el destello final de un hallazgo plástico, sino la lógica de una evolución que es técnica y vital al mismo tiempo?

Carmelo Trenado vibra desde pequeño ante los lienzos y los pinceles. Sus estudios se orientan decididamente hacia las Bellas Artes,, completando su formación en la Escuela Superior de Bellas Artes de S. >Fernando de Madrid, en 1972. Desde el principio queda definido un mundo pictórico de inquietud e interrogantes: aquellas figuras que pueblan sus marcos como fantasmas angustiados por el vacío y la frialdad de la geometría pura, postulan un futuro de respuestas que el mismo pintor se plantea como propia necesidad vital. Se agota pronto el placer de esa figuración. El sentimiento que infunde a sus personajes se le nota retórico y desmedido para una pintura que ve como algo más que “relato literario”. Carmelo Trenado piensa que ya ha dicho todo lo que tenía dentro y, ante el peligro del autorretrato permanente, decide liberarse de la esclavitud figurativa.

Termina la década de los setenta, y es tiempo de crisis, de reflexión y de múltiples modernidades. Carmelo se resiste a la moda, como antes se había resistido a la copia. De lo nuevo sólo le entusiasma ese aire de libertad que legitima instintos espontáneos a ritmo de sangre. Y en frenética carrera hacia su sueño de libertad se dedica a “escribir” con pinceles multitud de páginas en las que se intuye la trayectoria del viento, la rebeldía del fuego, y la espiritualidad del aire. Carmelo vuela a grupas de la lluvia, sin parar de garabatear ilusiones. Cada cuadro es ya una provocación impensada. Ante el plano vacío y el reto del blanco. Carmelo cae siempre en la tentación de atacar con todos los colores hasta que el resultado de la batalla se le muestra favorable

No le importan cómo queden sus huestes, no mira la sangre derramada, no pregunta la opinión del respetable. Le basta con saber que la pintura ya no interesará más que por ella misma. El cuadro será mucho más que un relato coherente, perfectamente ordenado por reglas académicas y apellidos prestados: será un un gesto con vida propia, una imagen sin principio ni fin, un lapsus de intimidad compartida, la imagen más fiel de un

terremoto pillado “infraganti”. Cada vez que el pintor suelta su mano se hace cómplice del aparente caos existente en la naturaleza, aportando su pequeña contribución de puño y letra: una cosa más entre las cosas como querían aquellos “puristas de hace cincuenta años, que tanto lucharon por la supervivencia de la pintura frente a la fotografía.

Sobre estas pinturas “locas” de Trenado se cernían los mismos interrogantes que sobre sus antiguos y teatrales personajes, pero la libertad del grito había roto la estrechez de la rejas figurativas que antes encerraban su verdadera pasión: seguía el “genio”, aunque variase la “figura”, muy lejos aun de su “sepultura”.

Y llegó otra edad. Carmelo pasa el tercio de siglo, y se topa con Granada. En sus alforjas guarda innumerables recuerdos, experiencias, novedades, modas, admiraciones, resabios, y, sobre todo, la irresistible avaricia que siempre lo ha imantado: ganarle la partida a la utopía. Venir a Granada y prenderse de su sol, es hechizo casi insuperable para todo aquel que se encarama por primera vez al Albayzin. El tópico de la cal, los arcos morunos, y la tradición redicha y replicada en cada esquina, vuelven a retar a Carmelo Trenado, que no se contenta con el hormiguelo secular del empedrado, ni con rumores de chisme acunados por brisa de ciprés. Carmelo quiere ser distinto, sin alejarse de la verdad. Por eso se acerca a la historia de Granada y busca encuadres inéditos, colores inexplorados, y perfiles viejos, para luego triturarlos a base de instintos primitivos.

Las ultima Granada de Carmelo Trenado, es laberinto de formas y jauría de colores. Tan embaucado está el pintor por su materia, que se empeña en pintar cosas de casas que a nadie parecen tales. Pero en el fondo no le importa. Sería un tremendo fracaso que su arte solo gustase por la habilidad de la explicación, algo así como un plato de alta cocina que sólo fuese apreciado tras descubrir su composición química. Trenado no mide su éxito por la cantidad de premios –que son muchos- , sino por la intensidad del interés que logra despertar en el que lo contempla. Ésa es la conexión vital que busca el pintor cuando se presenta en público, y no la “simpatía” inconsciente que el espectador puede experimentar con “la cosa representada”. De esta forma el cuadro no sólo es manifiesto rebelde contra los tópicos de la figuración, sino desahogo expresivo y autobiográfico que instaura la comunicación directa entre el pintor y su público, quedando la obra como puro lenguaje y pretexto de esa otra superior función.

No se degrada con ello el papel de la pintura ni se desvirtúa la feliz dependencia de la propia obra que el artista soporta con verdadero placer, (no pidamos razón a las pasiones). No es más que intentar responder alguna de las muchas preguntas que Trenado lleva acumulando desde que pintaba hombres y mujeres sin rostro. Es posible que el crítico no dé en la diana. Es posible que el artista prefiera vivir de interrogantes por miedo a quedarse sin materia prima, Pero me dejara el pintor caer una vez más en la tentación de la hipótesis. ¿Qué sería de la critica si no pudiera jugar a las adivinanzas? Pasaron los días en que era conflictivo aventurarse por el intrincado mundo de las intenciones artísticas; hoy resulta, además, divertido e irrenunciable, pues, como bien ha estudiado Rudolf Arnheim, la teoría del arte contemporáneo se reduce muchas veces a la “psicología del arte”.

A pesar de los evidentes cambios que presenta la faz pictórica de Carmelo Trenado, se pueden rastrear algunos signos identificadores que cada etapa hereda de la anterior. Desde el principio perdura un determinado ritmo oblicuo que se corresponde con la

voluntad de apertura formal y significativa de Trenado. El equilibrio teórico de la composición no viene dado por estructuras estáticas de esquemas ortogonales, sino por un sustrato dinámico de diagonales que coinciden con la inclinación suave de la lluvia, y la dolarización de un rico espectro cromático.

Bajo el difumino de Trenado bullen todos los colores del arco iris, aunque en sus últimas superficies se destaquen tonos complementarios ocres, verdes y malvas. Es la misma apertura de concepto que le impone un diseño siempre fragmentario, incapaz de limitar la imaginación del espectador. Por eso en sus grandes y medios formatos se pronuncia en forma de dípticos y trípticos. Él mismo quiere vivir en su proceso creador la experiencia sumativa de sorpresas que le impide acotar previamente la superficie del cuadro. Carmelo empieza motivado por un tema que muy pronto desborda el soporte inicial, obligándolo a multiplicar los paneles. Al final, (si es que existe final) conseguirá el mínimo equilibrio para que la composición se mantenga dentro del cuadro, pero se complacerá en sugerir posibles continuaciones por los cuatro frentes de su propuesta pictórica.

No hay nada más opuesto a la pintura de Trenado que el dogmatismo. Se complace en chafar sus propias verdades cuando aparecen demasiado definidas, porque para él vale más el misterio que la descripción pura y simple de sensaciones. En el fondo se reconoce la infabilidad de los ecos que su ego detecta en la realidad. Se respira un inmenso respeto a la subjetividad de la percepción, y el firme convencimiento de que nada es verdad ni es mentira, salvo la sinceridad de los propios límites que, al encontrarse con la de los demás, forman ese variopinto concierto de relaciones que nos envuelve a todos destronando cualquier pretensión de dominio absoluto.

El ojo no sabe por qué se siente atraído, ni acierta a explicar los motivos de encantamiento. Pero percibe una cierta magia en el aparente caos gestual que caracteriza las últimas obras de Carmelo Trenado. Si por un lado se atisba algo de información, la nitidez del mensaje figurativo se esfuma ante el temor del condicionamiento imitativo.

La pintura es algo muy serio para Carmelo Trenado: porque de ella se espera trascendencia, porque en ella resulta sospechosa la seguridad, y porque con ella no es posible la frivolidad. Así, entre ventoleras de pincel, río de color, y montañas de preguntas, se gesta, siempre distinto, el arte de un pintor que desde el principio se propuso como meta no renunciar a la utopía, pese a que desde hace tiempo consideraremos enterradas aquellas grandes ilusiones de progreso que, a principios de siglo, dieron vida a las vanguardias.

Juan Manuel Gómez Segade
Febrero de 1987